

Exibunt aqua vive de Jerusalem. Et erit Dominus rex super omnem terram: in die illa erit Dominus unus, et erit nomen ejus unum. (Id. XVI. 8).

Isaías, en el capítulo LIII de sus profetas, anuncia la pasión de Jesucristo con tanta claridad y abundancia de detalles que habla más bien como evangelista que como profeta. Parece que no predice el porvenir, sino que vive en tiempo de la pasión y es testigo de ella. Describe de una manera tan admirable el estado en que ha de hallarse Jesucristo, los golpes que ha de recibir, las llagas que han de cubrirle, los dolores y las humillaciones que ha de sufrir su paciencia, su sacrificio voluntario, su muerte, su colocación entre ladrones, su sepultura, y la causa y los resultados de la pasión, que nada pueden objetar los juuos. (Véase el capítulo citado).

Sepultura de Jesucristo.

Un decurion, llamado José de Arimatea, varón bueno y justo, fué á ver á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús. Y habiéndole desprendido de la cruz, lo envolvió en una mortaja, y lo puso en un sepulcro cortado en la roca, donde nadie habia sido todavía enterrado. (Luc. XXIII. 50-53). Como ni ántes ni despues de Jesucristo, nadie ha sido concebido en el seno de una virgen, nadie habia sido colocado tampoco, ni fué colocado despues, en la tumba de Jesucristo... El profeta Isaías predijo la gloria que debia rodear aquella tumba. Aquel dia, dijo, el retoño de Jessé se levantará como un estandarte ante los pueblos; todas las naciones le invocarán, y su sepulcro será glorioso: *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulchrum ejus gloriosum. (XI. 10).*

La tumba de Jesucristo ha sido rodeada de gloria, porque: 1.º la estancia en ella del Salvador fué precedida de un terremoto incomparable y de la resurrección de varios santos personajes. (Matth. XXVII. 51-53). 2.º La emperatriz santa Elena encerró aquella tumba en un templo magnífico... 3.º En todas las épocas, y aun despues de haber conquistado los otomanos la Tierra santa, numerosísimos y piadosos peregrinos han acudido de todos los puntos de la tierra para visitarlo y orar. 4.º Se han verificado y se verifican allí todavía grandes y numerosos milagros... 5.º Cada año, el sábado santo, se celebra allí una funcion solemne, erigiéndose una tumba conmemorativa, atornadísima y resplandeciente. 6.º Finalmente la tumba de Jesucristo se hizo gloriosa por el milagro de la resurrección del Salvador.

PASIONES. (Véase CONCUPISCENCIA.)

El hombre que se abandona á las pasiones es semejante á los animales que se dejan llevar del ímpetu de sus instintos. ¿Qué digo? Es peor que ellos; porque los animales de la misma especie no se atacan unos á otros, mientras que el hombre llevado de sus pasiones ataca al hombre. El solo reúne la envidia del perro, la voracidad del lobo, el orgullo del leon, la ferocidad del tigre, la maldad de la serpiente, la astucia de la raposa, etc.

Desórdenes y estragos de las pasiones.

No se pueda, dice un grave autor, no se puede seguir considerando como hombre al que vemos metamorfoseado por medio de las pasiones; la apariencia humana que le queda, prueba que en otro tiempo fué un hombre, pero que ya no lo es. Si la avaricia que le devora le impelo á arrebatar violentamente bienes del prójimo, colócale entre los lobos. Si, cediendo á sus arrebatos y agitaciones, se entrega á gritos, injurias y querelas, colócale entre los perros. Si se alegra de haber engañado á su prójimo con secretas astucias, igualdele á las raposas. Si está poseído de la ira y del furor, creed que tiene un corazón de leon. Si, tímido y miedoso, huye áun cuando no corra peligro alguno, ponelle en parangon con el ciervo. Si se manifiesta perezoso y estúpido, ponel su vida al nivel de la del asno. Si da pruebas de ligereza é inconstancia, comparadle justamente con las aves, y sobre todo con las mariposas. Si se sumerge en los sucios y asquerosos deleites de la carne, colócale entre un cerdo y un macho cabrío, y los tres serán dignos el uno del otro. Así el hombre que abandona á Dios, y la justicia, y la virtud, se convierte en bestia inmunda y cruel. (Boethius, de Consolatione. Lib. IV).

Todos los deleites y pasiones embriagan el alma, es decir, se enseñorean de ella, la ciegan, la enervan, la atontan, y la sacan fuera de sí misma, á poca diferencia de la misma manera que la embriaguez del vino se enseñorea del cuerpo y quita el buen sentido. Así como la sobriedad es, si así podemos expresarnos, la sabiduría y la virtud del cuerpo, todo vicio y toda pasión es la embriaguez y la locura del alma, embriaguez y locura producidas por el vino del mal, sacado del racimo de la pasión, que el demonio, siniestro posadero, le presenta y le hace beber... Ebrios de pasión, los mundanos, dice S. Gregorio, no sienten ya los horribles pecados que cometen y hacen cometer. (Lib. in Luc.) La iniquidad devora á los hombres que á ella se abandonan, como el fuego devora la paja.

Elevado el hombre en honor, dice el Rey Profeta no ha comprendido su destino; se ha hecho comparable á los animales que no tienen inteligencia, y ha llegado á ser su semejante: *Homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. (XLVIII. 13).* Tal es el retrato del hombre que da oído á sus pasiones... Vosotros todos, exclama Isaías, vosotros todos que habeis encendido en vuestro corazón el fuego de las pasiones y estais rodeados de llamas, andad á la luz de vuestro fuego en medio de las llamas que habeis excitado: *Ecce vos omnes accendentes ignem,*

accincti flammis, ambulante in lumine ignis vestri, et in flammis quas succendistis. (L. 11). Habéis dejado que se desarrollen en vosotros pasiones devoradoras, y seréis su víctima; el incendio, que no habéis apagado, os consumirá á vosotros y á los que os rodean. Las pasiones son chispas del fuego del infierno...

Las pasiones degradan al hombre y le cubren de confusión.

David se manchó con dos crímenes; oíd como describe su situación: El sentimiento de mis faltas, dice, se levanta cada día contra mí; y la confusión que ha subido á mi rostro me ha cubierto enteramente: *Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei mee cooperuit me.* (XLIII. 16).

El apóstol S. Judas traza también el retrato de los hombres llevados de las pasiones. Blasfeman, dice, de todo lo que ignoran, y se corrompen en todo lo que saben naturalmente como animales mudos... Se desenfrenan en los manjares, comiendo sin medida y con repugnante gula: nubes sin agua, llevadas á una y otra parte por los vientos; árboles de otoño, marchitos, estériles, dos veces muertos y sin raíces; olas de un mar furioso que arrojan la espuma de su vergüenza; astros errantes, á quienes está reservada una eterna tempestad de linieblas. Son murmuradores y se quejan sin cesar; andan según sus codicias, y su boca articula palabras llenas de fausto... Se separan de Dios, pues son hombres de vida animal que no tienen dentro de sí el Espíritu Santo... (X. 12-13-16-19).

Los desórdenes de toda clase, la ignominia, la esclavitud y la degradación son la familia de las pasiones que no se refrenan...

Pecaron Adán y Eva, y al punto los ojos de ambos quedaron abiertos y fueron sobrecogidos de vergüenza. Y oyeron la voz del Señor que se avanzaba en el jardín, y para evitar la presencia de Dios, se ocultaron entre los más copudos árboles. Pero el Señor Dios llamó á Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Adán respondió: He oído vuestra voz, y como estaba desnudo, se ha apoderado de mí el temor y la vergüenza, y me he ocultado. (*Gen. III. 7-10*).

Dormiremos en nuestra confusión, dice Jeremías, y nuestra ignominia nos cubrirá enteramente, porque hemos pecado contra el Señor nuestro Dios: *Dormiemus in confusione nostra, et operiet nos ignominia nostra, quoniam Domino nostro peccavimus.* (III. 25).

Los hombres que se abandonan á sus pasiones, dice el mismo Profeta, serán profundamente confundidos, porque no han comprendido el oprobio eterno que nada puede borrar: *Confundentur vehementer, quia non intellexerunt opprobrium sempiternum, quod nunquam deletur.* (XX. 11).

Caerán sin honor, dice la Sabiduría, y para siempre en oprobio entre los muertos: *Et erunt post hæc decidentes sine honore et in contumelia inter mortuos in perpetuum.* (IV. 19).

Cuán culpables y desgraciados nos hacen las pasiones. Nos hemos cansado en el camino de la impiedad y de la perdición, dicen los hombres que satisfacen sus desarreglados deseos; hemos andado por caminos difíciles, y hemos ignorado la senda del Señor: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis, et ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus.* (Sap. V. 7).

Se han pervertido, dice el Salmista, y se han hecho abominables: *Corrupti*

sunt, et abominabiles facti sunt. (XIII. 2). Se han separado del camino recto, y se han pervertido mutuamente: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt.* (Ibid. XIII. 3).

El dolor y la desgracia les siguen; no han conocido el camino de la paz, añade el Salmista: *Confititio et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt.* (XIII. 3).

Puede aplicarse á la tiranía que las pasiones ejercen sobre el alma, lo que Jeremías dice de la tiranía con que los enemigos de la hija de Sion la oprimían. Todos sus perseguidores se han apoderado de ella, y la han sumergido en angustias: *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias.* (Lament. I. 3).

Podemos también aplicarle la sentencia del profeta Miqueas: El hombre ha encontrado á sus enemigos en la puerta de su propia casa: *Inimici hominis domestici ejus.* (VII. 6); es decir, en su alma, en el fondo de su corazón.

Agésilao, rey de los lacedemonios, decía que preferiría vencer las pasiones á vencer un ejército enemigo. (*Ita Laertius*).

Y nadie pretenda que no sabe vencer. Querer es poder. Con la gracia de Dios y una voluntad firme nada es imposible. Si vuestras pasiones son tan vivas y fuertes, vosotros mismos tenéis la culpa, con vuestras imprudencias, y vuestra poca vigilancia, piedad y temor de Dios...

Todas las malas pasiones, dice S. Agustín, son las puertas del infierno: *Omnes pravæ cupiditates sunt porte inferi.* (Sentent. CXXXVI).

Aborreciendo Dios á los hombres que se entregan á sus pasiones, los castiga en esta vida con la privación de sus gracias, la ceguedad y el endurecimiento; en la hora de la muerte con la impenitencia final, y en la eternidad con las llamas del infierno.

Dios detesta y castiga las pasiones.

PAZ.

Sólo Dios es el autor de la verdadera paz, y sólo Él la da.

Dios, la misma paz, dice S. Bernardo, todo lo tranquiliza: contemplarle es hallarnos ya en el seno de la paz: *Tranquillus Deus tranquillat omnia; et quietum aspiciere, quiescere est.* (Serm. XXIII. In Cant.)

Isaias llama á Jesucristo hecho hombre PRÍNCIPE DE LA PAZ: *Princeps pacis.* (IX. 6).

Que el Señor de la paz os dé el mismo la paz, siempre y en todo lugar, dice S. Pablo á los tesalonicenses: *Ipsè autem Dominus pacis det vobis pacem sempiternam in omni loco.* (II. III. 16).

He creado la paz, el fruto de mis palabras, para el que está cerca como para el que está lejos, dijo el Señor por boca de Isaias: *Creavi fructum labiorum pacem, pacem ei qui longe est, et qui prope.* (LVII. 19).

Hablando del Mesías, el profeta Miqueas dice: Este será la paz: *Erit iste pax.* (V. 5). Jesucristo, como ya lo hemos dicho, tiene el nombre de Príncipe de la paz; y por esto Salomon, que fué su figura, es llamado Rey de la paz.

Los profetas llamaron á Jesucristo Príncipe de la paz:

1.º Porque la dió al mundo y la legó en su testamento al morir. Os dejó la paz, dijo, os doy mi paz; y os la doy, no como el mundo la da: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis.* (Joann. XIV. 27).

2.º Porque Jesucristo destruyó al morir el muro de separación que existía entre Dios y el hombre; ha unido el hombre á Dios, el Cielo á la tierra, la grandeza suprema á la suprema miseria...

Al venir al mundo Jesucristo, dice S. Pablo, nos trajo la buena nueva de la paz... Todos tenemos por él acceso en un mismo espíritu cerca del Padre. *Ephes. II. 17-18.*

Cuando éramos enemigos, dice aquel apóstol, nos reconciliamos con Dios por la muerte de su Hijo: *Cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus.* (Rom. v. 10). Por esto dice S. Leon con piedad y energía: El día del nacimiento del Señor es el día del nacimiento de la paz: otrezcan pues al Padre todos los fieles la concordia de los hijos pacíficos: *Natalis Domini, natalis est pacis; ergo singuli fideles offerant Patri pacificorum concordiam filiorum.* (Serm. de Nativ.)

Jesucristo es llamado Príncipe de la paz:

3.º Porque ha traído al mundo y ha dado al Cielo una paz eterna...

4.º Porque Jesucristo es el autor de la paz interior de que goza la conciencia de los justos...

Su imperio se multiplicará, dice Isaias, y la paz no tendrá término: *Multiplicabitur ejus imperium, et pacis non erit finis.* (IX. 7). Aquel profeta había dicho que el niño que había de nacer sería el Príncipe de la paz. Da la razón de ello añadiendo que la paz, destinada á engrandecer y conservar su inmenso reino, no tendrá fin: *El pacis non erit finis.* (IX. 7).

Hemos de entender por este reino y por esta paz la paz espiritual, que consiste en la tranquilidad y el consuelo interiores del alma. Por esto dice san Pablo: El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Santo: *Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto.* (Rom. XIV. 17).

Con el Padre nuestro pedimos diariamente que venga á nosotros este reino: *Adveniat regnum tuum.* (Luc. XI. 2). No pedimos ir tan pronto al Cielo, sino que se destruya el reino del demonio y del pecado, y que en lugar suyo venga el reino de Jesucristo, y que aquel divino Salvador reine en todos los corazones por medio de su gracia. De este reino habla Jesucristo en S. Lucas cuando afirma que el reino de Dios está dentro de nosotros: *Regnum Dei intra nos est.* (XVII. 21).

El reino de esta paz en el alma de los justos no tiene fin, como enseñan S. Basilio, S. Cirilo, y sobre todo S. Crisóstomo, en la homilía: *In his verbis: Quando venit regnum Dei;* en la que explica que esta paz es de cuatro maneras: 1.º Jesucristo, dice, nos ha enseñado á someter la carne al espíritu, y por este medio la guerra cesa en el alma, y ésta disfruta paz; 2.º Nos ha reconciliado con su Padre, y siendo enemigos, nos ha hecho amigos suyos; 3.º Ha unido las naciones con los judíos por medio del lazo de la paz; 4.º Concede á los que ha unido de este modo la gracia de perseverar para que gocen de una paz continua. El reino de esta paz no tendrá fin, porque Jesucristo obra de concierto con su Padre, y obrará hasta el fin de los siglos para sostenerlo y perpetuarlo eternamente. Os dejó la paz, dijo, os doy mi paz; y os la doy, no como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni se asuste. (Joann. XIV. 27).

Justificados por la fe, escribe S. Pablo á los romanos, tengamos paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo: *Justificanti ex fide, pacem habeamus ad Deum, per Dominum nostrum Jesum Christum.* (v. 1); por medio del cual, continúa el apóstol, tenemos, por medio de la fe, acceso á esta gracia (de la paz), en la que nos hallamos, y sacamos nuestra gloria de los hijos de Dios: *Per quem et habemus accessum per fidem, in gratiam istam in qua stamus, et gloriamur in spe gloriæ filiorum Dei.* (Id. V. 2).

La paz admirable de que se trata en este pasaje de S. Pablo, es la paz que Jesucristo ha traído del Cielo á la tierra. Por esto los ángeles, al nacer el Salvador, entonaron aquel sublime cántico de alegría: Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.* (Luc. II. 14).

Dios, dice el apóstol S. Pedro, ha enviado la predicación á los hijos de Israel, anunciando la paz por medio de Jesucristo, que es Señor de todos: *Verbum missi Deus filiis Israel, annuntians pacem per Jesum Christum: hic est omnium Dominus.* (Act. X. 36).

Comentando estas palabras del Señor en Isaias: No daré mi gloria á otro: *Gloriam meam alteri non dabo.* (XLII. 8), dice S. Bernardo: ¿Qué nos dareis pues, Señor; qué nos dareis? Os doy la paz, dice, os doy mi paz. Esto me basta, Señor: recibí con reconocimiento lo que me dejais, y dejo lo que os reservais. Así lo quereis, y no dudo que en interés mío. Protesto contra la gloria, y la rehuso, por miedo de que, si usurpaba lo que no se me ha concedido

poserer, perliese justamente lo que se me ha ofrecido. Quiero la paz, deseo la paz, y nada más. Para aquel á quien no basta la paz, no bastais vos tampoco, porque sois nuestra paz. Quedaos vuestra gloria intacta, Señor; yo tengo todo lo que necesito si poseo la paz (1). ¡Qué lenguaje más admirable, y qué lleno está de verdad! ¡Qué tesoro esta paz verdadera, que Dios sólo puede dar!

Excelencia y
ventajas de la
paz.

La paz es tan preciosa y excelente, que es lo primero que Jesucristo deseó á sus apóstoles despues de su resurreccion. Reunidos estaban cuando Jesucristo se presentó en medio de ellos y les dijo: *Pax vobis*. (Joann. XX. 19). Si hubiese habido algun deseo más rico y perfecto, se lo hubiera dirigido...

El gran apóstol ama de tal manera la paz, que, escribiendo á los filipenses, se expresa asi: Guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Jesucristo la paz de Dios, que es superior á todo sentimiento. *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum; custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu*. (IV. 7). Si la paz de Dios es superior á todo pensamiento, á todo sentimiento, como lo afirma el apóstol, es una cosa excelente y de un precio infinito...

La paz de Dios es el mismo Dios; su naturaleza es la paz, dice S. Ambrosio. (*De Jacob*). La paz de Dios es Dios, poseido en la tierra por la gracia, y en el Cielo por la gloria...

Escuchad á Isaías como exclama: ¡Qué hermosos son en las montañas los pies del que anuncia y predica la paz, del que anuncia el bien, predica la salud y dice á Sion: Tu Dios va á reinar! *Quam pulchri super montes pedes annuntiantis et predicantis pacem; annuntiantis bonum, predicantis salutem, dicentis Sion: Regnabit Deus tuus!* (VII. 7).

La paz que Jesucristo desea, contiene: 1.º la amistad de Dios...; 2.º la tranquilidad y la serenidad del alma en las tentaciones y persecuciones...; 3.º la concordia con todos los hombres... No os doy la paz como el mundo la da, dijo el Salvador: *Non quomodo mundus dat, ego do vobis*. (Joann. XIV. 27).

La paz de Dios es la reconciliacion de Dios con los hombres y la union del alma santa con Dios...

La paz verdadera es un impenetrable escudo que protege al cristiano contra los ataques de la carne, del mundo y de los demonios...

Los demonios que conocen la paz de Dios y sus ventajas, se esfuerzan para arrebatárnosla, sollicitándonos para el pecado, ó turbarla con escúpulos, desconfianzas, pesares y tentaciones de desesperacion.

La paz de Dios, 1.º, da calma al espíritu...; 2.º da nacimiento á la alegría...; 3.º inspira al alma una confianza inalterable...; y 4.º la hace magnánima...

Salte en vuestros corazones la paz de Cristo, dice S. Pablo á los colosenses, la paz por medio de la cual habeis sido llamados á formar un solo cuerpo:

(1) *Gloriam meam alteri non dabo. Quid ergo dabis nobis, Domine; quid dabis nobis? Pacem, inquit, do vobis, pacem relinquo vobis. Sufficit mihi. Gratulatur suspicio quod reliquias, et relinquo quod retines. Sic placet, sic mea interesse non dubito. Adjuro gloriam prorsus, ne forte si usurpavero non concessum, perdam meritum et oblatum. Pacem volo, pacem desidero, et nihil amplius. Cui non sufficit pax, non sufficit tu: tu es enim pax nostra. Tibi, Domine, tibi gloria tua permaneat illibata. Mecum bene agitur, si pacem habuero. (Serm. XIII. in Cant.)*

Pax Christi exullet in cordibus vestris, in qua et vocati estis in uno corpore. (III. 15).

La paz, dice S. Agustin, es serenidad del alma, tranquilidad de espíritu, sencillez de corazón, un lazo de amor y la compañera inseparable de la caridad. Impide rivalidades, contiene guerras, comprime arrebatos, desprecia á los orgullosos, ama á los humildes, apacigua á los que están en desacuerdo, y reconcilia á los enemigos; es dulce para todos; no codicia el bien del prójimo, ni disputa el suyo; enseña á amar, ella que no sabe aborrecer; ignora el orgullo, y no conoce la terquedad. Consérvela pues con cuidado el que la posee; pídale nuevamente el que ya no la tiene; búsquela el que la haya perdido; pues el que no sea hallado en su compañía será desconocido por el Padre, desheredado por el Hijo, y mirado como extranjero por el Espíritu Santo (1).

La verdadera paz produce la humildad...

El fruto de la justicia, dice S. Pablo, está sembrado en la paz por los que hacen las obras de la paz: *Fructus autem justitiæ in pace seminatur, facientibus pacem.* (III. 18).

Notad cuán grandes y numerosas son las ventajas de la paz: 1.º es agradableísima al Dios de la paz y caridad...; 2.º nos conduce al Cielo, y nos proporciona el placer anticipado de la vida del Cielo; pues el Cielo es la patria de la paz suprema y eterna...; 3.º es la imagen de Dios y de la Santísima Trinidad...; 4.º para traer á los hombres la paz con Dios y con ellos mismos bajó Jesucristo del Cielo. La paz proporciona una vida dulce y dichosa... Dice san Basilio: 1.º El que acoge con ahinco la paz y le da lugar en su alma, prepara una morada á Jesucristo; porque Jesucristo es la paz y desea descansar en la paz; pero el hombre envidioso y turbulento es detestable bajo todos los puntos de vista... 2.º El hombre pacífico tiene siempre el corazón tranquilo y contento; pero el hombre turbulento y envidioso es semejante á un buque agitado por las tempestades del mar... 3.º El hombre pacífico es dueño de su alma con seguridad, y está al abrigo por todas partes... 4.º El pacífico se parece á una vinya que produce con abundancia deliciosos frutos; pero el envidioso y turbulento queda sumergido en la indignicia y la miseria; y cuanto más la alegría del Señor inunda al primero, y es feliz tanto más el dolor y los males agobian al segundo... 5.º El pacífico se da á conocer por la dulce alegría que le embarga; el turbulento se distingue por su rostro pálido, lleno de furor... 6.º El pacífico merecne tomar parte en la sociedad de los ángeles; el envidioso y turbulento toma parte en la suerte de los demonios... 7.º La paz ilumina los misterios del alma: la envidia, llena de furor, envuelve en tinieblas los secretos del corazón... 8.º La paz arroja la discordia y la ahuyenta; la turbulenta envidia aumenta el ódio y los deseos de venganza... 9.º Ante el esplendor de la paz, se desvanecen todas las tinieblas; pero allí donde se halle la mezquina en-

(1) *Pax est serenitas mentis, tranquillitas animi, simplicitas cordis, amoris vinculum, consortium caritatis. Hæc est que simulatim tollit, bella compescit, comprimit, iras, si perbos calcat, humiles amat, discordes sedat, inimicos concordat; cunctis est placida; non querit alienum, nihil disputat enim; docet amare, que odisse non novit; nascit extolli, nescit instari. Hanc ergo qui accipit, tenet; qui perdidit, respectat; qui amissit, exquirat, quoniam qui in eadem non fuerit inventus, abdicatur a Patre, exheredatur a Filio, a Spiritu Sancto alienus efficitur. (Serm. LXXV. de verbis Domini)*

vida no hay más que oscuridad y tinieblas interiores y exteriores. Practica pues la paz, ó hijo mio, y merece el hermoso nombre de pacífico para que puedas gozar de los frutos de la paz. De esta la envidia, amiga de las querellas, porque no caigan sobre tí todos los males. (Epiat.)

Ha fijado su morada en la paz, dice el Salmista; y ha destruido allí el poder del arco, el escudo, la espada y la guerra: *Factus est in pace locus ejus; ibi confregit potentias arcuum, scutum, gladium et bellum* (LXXV. 3-4).

Los que aman vuestra ley, Señor, disfrutan de una paz profunda, añade el mismo profeta; nada conmoverá su fidelidad: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum*. (CXVIII. 165). Hállese la paz en vuestras fortalezas y la abundancia en vuestras torres: *Fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis*. (Psal. CXXI. 7). Para ventaja de mis hermanos y amigos yo pedía siempre que te hallases en paz, ó Jerusalem. *Propter fratres meos et proximos meos, loquebar pacem de te*. (Psal. CXXI. 7).

¡O paz, exclama S. Eiren, escala del Cielo! ¡O paz, senda del reino de Dios! ¡O paz, madre de la compuncion! ¡O paz, conciliadora de la penitencial! ¡O paz, espejo de los pecadores que manifiesta al hombre sus faltas! ¡O paz, manantial de deliciosas lágrimas! ¡O paz, madre de la mansedumbre! ¡O paz compañera inseparable de la humildad! ¡O paz, seguridad del alma! ¡O paz, yugo amable y peso ligero que fortifica el alma y sostiene al que le lleva! ¡O paz, alegría del alma y del corazón! ¡O paz, freno de los ojos, de los oídos y de la lengua! ¡O paz, enemiga de la desvergüenza y de la impudencia! ¡O paz, origen fecundo de piedad y de religion! ¡O paz, cárcel de las pasiones y guia de la virtud! ¡O paz, amante de la hospitalidad y de la pobreza voluntaria! ¡O paz, campo de Jesucristo que produce abundantes y deliciosos frutos! ¡O paz, inseparable del temor divino, muralla y fortaleza de los que desean combatir por el reino de los Cielos! (*De Patientia et Consummat. seculi*).

¿Qué es lo que proporciona la paz?

Si preguntamos qué es lo que proporciona la paz, S. Agustin responde: La paz del cuerpo es el temperamento bien ordenado de sus partes; la paz del alma irracional, el reposo bien ordenado de sus apetitos; la paz del alma racional, el concierto bien ordenado del conocimiento y de la accion; la paz del cuerpo y del alma, la vida y la salud bien ordenada del sér animado; la paz del hombre mortal y de Dios, la obediencia bien ordenada en la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres es la union en el órden; la paz doméstica es, entre los habitantes de un mismo hogar, la union del órden, del mando y de la obediencia; la paz social es, entre los ciudadanos, la union y el órden de la autoridad y de la sumision; la paz de la ciudad celestial es el órden perfecto, la union suprema en el goce de Dios, en el goce mútuo de todos en Dios; la paz de todas las cosas es el órden y la tranquilidad. (*De civit. lib. XIX, c. XIII*).

¿Qué es lo que proporciona la paz? La manifestacion de una buena conciencia... ¿Qué es lo que proporciona la paz? Huir del mal y practicar el bien, abandonar el pecado y perseverar en la gracia...

Haciendo lo que podamos para agrandar á Dios, hemos de conservar la paz y no temer la venganza divina ni la condenacion; es menester, puesto que estamos bien con Dios, tener el espíritu libre y desprendido de los terrores de

una conciencia errónea. La paz de la conciencia no necesita, como quieren los protestantes, estar sentada sobre una certidumbre de la divina por medio de la que estemos seguros que los pecados cometidos se hallan perdonados; pues basta que descansan en ciertas señales y conjeturas que den una especie de certidumbre moral de que nos hallamos en estado de gracia. Cuando la conciencia nos manifiesta que hemos hecho la confesion del mejor modo posible, que hemos recibido la absolucion, y cumplido la penitencia impuesta, que procuramos no recaer y observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, hemos de procurar no turbarnos y permanecer firmemente en paz. Esta seguridad basta: Los pecados son perdonados y somos amigos de Dios...

Lo que proporciona la paz, dice S. Leon, es querer lo que Dios manda, y no querer lo que prohíbe. Porque ¿cómo hemos de tener la paz, queriendo lo que Dios no quiere, y no queriendo lo que quiere? (*Serm. I. de Quadrag.*)

El hombre, dice el mismo padre, tiene paz y verdadera libertad cuando la carne está gobernada por el alma racional y el alma está regida por Dios y le obedece: *Pax hominis et vera libertas, quando caro, animo judice, regitur; et animus, Deo præsidente, gubernatur*. (*Serm. I. de Quadrag.*)

Hemos de vivir en paz con todo el mundo, dice S. Pablo: *Pacem sequimini cum omnibus*. (Hebr. XII. 14).

Podemos considerar la paz en sus tres relaciones: la paz con Dios, la paz con el prójimo, y la paz con nosotros mismos... Jesucristo da esta paz triple. ¿Queréis poseerla? Id á él, y pedísela: él es nuestra paz verdadera y divina. Haced de manera que Jesucristo habite en vuestro corazón, y la paz bajará allí con él. Así como el sol no puede carecer de luz, ni el fuego de calor, Jesucristo no puede estar sin paz, porque todo en él es paz...

Clasificación de la paz.

1.º Para conseguir la paz hemos de deseársela... Hállese en vosotros la gracia y la paz de Dios, dice S. Pablo: *Gratia vobis et pax à Deo*. (Colos. I. 2). Os exhortamos, añade aquel gran apóstol, á que busquéis la paz, buscando lo que puede procuráosla. (*I. Thess. IV. 10 11*).

Medios para conseguir la paz.

Cumplase la paz en vosotros, dice el apóstol S. Pedro: *Vobis pax adimpleatur*. (II. 1. 2). Hállese la paz en vosotros, dice el apóstol S. Juan: *Sit vobis pax*. (II. 3).

2.º Conformarnos con la recomendacion de S. Antonio: Huid de la gula y de la lujuria, de la esclavitud del siglo y de la ambicion; y tendreis paz. (*Vit. Patr.*)

3.º Declarar la guerra á nuestras pasiones...

4.º Practicar la mansedumbre. Los que están llenos de mansedumbre herederán la tierra, dice el Salmista; y se alegrarán en la abundancia y la paz. (*XXXVI. 11*).

5.º Oír la voz de Dios. Escucharé, dice el mismo profeta, escucharé lo que Dios me diga en el fondo del corazón, porque sus palabras son palabras de paz: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem*. (LXXXIV. 9).

6.º Obedecer la ley divina. ¿Por qué no habeis estado atentos á mis preceptos? dice el Señor por boca de Isaias. Vuestra paz hubiera sido como un

rio: *Utinam attendisses mandata mea; facta fuisset sicut flumen pax tua.* (XLVIII. 18).

Si hubieseis andado por el camino de Dios, dice el profeta Baruch, moraríais en el seno de una paz eterna: *Si in via Dei ambulasses, habitasses utique in pace sempiterna.* (III. 43).

No hay paz para el impío: *Non est pax impiis,* dice Isaías. (LVII. 21).

La paz grande, sólida y duradera, se halla solamente en el Cielo... Si queremos disfrutarla un día, trabajemos constante y únicamente para la eternidad.

PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO.

¶ Uno pecado y toda blasfemia serán perdonados á los hombres, dice Jesucristo; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Y todo el que haya hablado contra el Hijo del hombre será perdonado; pero al que haya hablado contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro (1).

¿Qué pecado es el que aquí se trata, que no ha de ser perdonado ni en este siglo ni en el siglo futuro?

1.º Varios doctores han pensado que es la herejía de Eunomio, que negó que el Espíritu Santo fuera Dios.

2.º San Hilario dice que el pecado contra el Espíritu Santo consiste en la negacion de la Divinidad de Jesucristo. (*De Peccat.*)

3.º San Ambrosio lo hace consistir en el cisma y en la simonía, porque Simon quiso comprar con dinero el milagroso poder concedido por Jesucristo á los apóstoles. (*Lib. II de Penit.*)

4.º El papa Gelasio mira como culpables de este pecado á los que, heridos de un anatema, son y quieren ser pecadores, sin ser por consiguiente absueltos ni en la tierra ni en la otra vida. (*Hist. Eccles.*)

5.º San Cipriano dice que este pecado consiste en la negacion de la fe en tiempo de persecucion. (*Lib. III. Epist. XIV.*)

6.º Ricardo de S. Victor dice que consiste en el odio y en el desprecio formales de Dios. (*Tract. de Blasphem. in Spiritu S.*)

Los teólogos cuentan seis crímenes contra el Espíritu Santo: entregarse á la persecucion..., abandonarse á la desesperacion..., combatir la verdad conocida..., destruir por envidia la caridad fraternal..., permanecer en la impenitencia..., obstinarse en la senda del mal... Estos pecados, en efecto, conspiran perversamente contra la bondad de Dios, bondad atribuida al Espíritu Santo...

En el texto que hemos citado, Jesucristo no habla de todo pecado contra el Espíritu Santo, sino solamente de la blasfemia contra esta tercera persona de la adorable Trinidad, blasfemia que consiste en calumniar las obras evidentemente divinas y milagrosas, piadosas y santas, que Dios opera para la salvacion de los hombres, y con las cuales confirma su fe y la verdad de su palabra. Tales son arrojar los demonios, etc.; pues, emanando estas obras de la bondad y de la santidad de Dios, pertenecen especialmente al Espíritu Santo. Esta opinion es la de S. Atanasio, S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Crisóstomo.

(1) Omne peccatum et blasphemia remittitur hominibus; Spiritus autem blasphemia non remittitur. Et quicumque dixerit verbum contra Filium hominis, remittitur ei; qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittitur ei, neque in hoc seculo, neque in futuro.

El pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado: *Non remittetur*; es decir, sólo se perdonará difícilmente y raras veces. Pero Dios, que es la voluntad y el poder mismo, puede perdonar y perdona todos los pecados, cuando el pecador tiene un arrepentimiento sincero... Este pecado no se perdonará ni en el siglo futuro: *Neque in futuro*: porque todo el que muere en pecado mortal, va al infierno, y no debe esperar ya salir de allí...

Todo pecado de malicia es contra el Espíritu Santo, dice Sto. Tomás de Aquino: *Omne peccatum ex malitia est contra Spiritum Sanctum.* (De Peccat.)

PECADO MORTAL.

El pecado es una desobediencia á la ley de Dios... ¿Qué es el pecado? dice S. Crisóstomo: es el abandono de la voluntad al demonio, es una locura á la que se entregan espontáneamente: *Est voluntarius demon, et spontanea insania.* (Moral).

¿Qué es el pecado? Es la completa degradación del hombre, su soberana miseria, el mal supremo del hombre y de Dios; porque está absolutamente opuesto al bien supremo.

El pecado no es una sustancia, no es un sér, porque todo sér es bueno. El pecado es la privación del sér...

El pecado, dice S. Agustín, es la negación del sér, es la nada: *Peccatum est non ens, peccatum est nihil.* (Sentent.)

Pecadores que os alegráis, os alegráis en la nada, dice el profeta Amós: *Laetamini in nihilo.* (VI. 14).

El pecado se llama la negación del sér, la nada: 1.º porque en el mismo hay algo vil y de ningún valor...; 2.º porque el placer del pecado pasa pronto y se desvanece...; 3.º porque el pecado conduce al que lo comete á una especie de nada, es decir á la muerte presente y eterna...; 4.º porque es la privación del sér bajo el punto de vista de la virtud, ó del bien moral; pues el pecado es un mal moral...; 5.º porque es una privación del bien; y una privación no es algo positivo, sino negativo, es decir nada...; 6.º El pecado separa al hombre de Dios, que es el Sér por excelencia, el Creador de todo, sin el cual nada existió ni viviría. De ahí se sigue que el pecado conduce á la nada.

Señor, dice S. Agustín; como nada ha podido hacerse sin vos, al hacer nosotros el pecado, que no es nada, nos hemos convertido en nada; sin vos, por quien todo ha sido hecho, nada somos. ¡Desgraciado de mí, que tantas veces me he convertido en verdadera nada! Me he hecho miserable, he sido reducido á nada, y lo he ignorado. Mis iniquidades me han conducido á la nada. Nada es bueno sin el Bien Supremo. El mal no es más que la privación del bien, así como la ceguera no es más que la privación de la luz. ¡Así pues el pecado no es nada, porque no ha sido hecho! Pero, continua S. Agustín, si no ha sido hecho, ¿cómo es un mal? Porque el mal es la privación del bien, por quien el bien ha sido hecho. Ser sin el Verbo es mal, es no ser. No hay nada sin el Verbo. Estar separado del Verbo, es estar sin camino, sin verdad y sin vida. Hé aquí por qué, sin él, es la nada, y esta nada es el mal, porque está separado del Verbo, por quien todo lo que ha sido hecho es muy bueno. Pero estar separado del Verbo, por quien todo ha sido hecho, no es más que faltar, y del hecho pasar al no hecho, puesto que sin el Verbo sólo hay nada. (*In Evang. S. Joann.*)

Por sí mismo y su naturaleza el pecado es nada, porque, al cometerlo, el hombre se une á las criaturas y pone en ellas su dicha, oponiéndolas al Creador y prefiriéndolas á él; pero, comparadas con el Creador, las criaturas no son más que la sombra del sér, y por consiguiente nada. Hé aquí, en efecto, la